

Maradei, Guadalupe

Periodizaciones de la literatura argentina post-dictadura y concepciones de la historicidad

VII Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria

18, 19 y 20 de mayo de 2009

CITA SUGERIDA:

Maradei, G. (2009) Periodizaciones de la literatura argentina post-dictadura y concepciones de la historicidad [en línea]. VII Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria, 18, 19 y 20 de mayo de 2009, La Plata. En Memoria Académica. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.3566/ev.3566.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Periodizaciones de la literatura argentina post-dictadura y concepciones de la historicidad.

Guadalupe Maradei
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Resumen

El trabajo a presentar forma parte del proyecto de tesis doctoral “La recuperación del presente como problema institucional: cambio histórico y periodización literaria en la cultura argentina post-dictadura”, dirigido por Jorge Panesi. En ese marco indagaremos las concepciones teóricas de la historia y de lo histórico manifestadas en periodizaciones de la literatura argentina discutidas en el período, partiendo del siguiente interrogante: ¿en qué medida estos materiales habilitan no sólo una reflexión sobre las transformaciones de los últimos veinte años en los estudios literarios en Argentina sino también una periodización de las formas de la cultura crítica?

Palabras clave: *literatura – teoría – crítica – historia – institución*

Este trabajo forma parte del proyecto de tesis doctoral “La recuperación del presente como problema institucional: cambio histórico y periodización literaria en la cultura argentina post-dictadura”, dirigido por Jorge Panesi, donde se analizan los discursos críticos que, desde 1983 hasta el presente, organizan las producciones literarias argentinas en relatos con verosimilitud histórica con el objeto de estudiar la relación compleja entre materiales culturales, prácticas sociales y cambio histórico en el proceso de constitución de cánones literarios y culturales. En ese marco indagaremos las concepciones de la historia y de lo histórico manifestadas en periodizaciones de la literatura argentina producidas en el período, partiendo del siguiente interrogante: ¿en qué medida estos materiales habilitan no sólo una reflexión sobre las transformaciones de los últimos veinte años en los estudios literarios en Argentina sino también una periodización de las formas de la cultura crítica?

Este interrogante se inscribe a su vez en los debates que partir de fines de la década de los ochenta y desde posiciones diversas como las de Michel Foucault, Hayden White o Roger Chartier, hicieron que resultara un lugar común de las ciencias sociales diagnosticar que la historia atraviesa por una crisis de envergadura.¹ Lo que se observó, en efecto, fue el agotamiento de paradigmas totalizadores, grandes esquemas de explicación y sentido que no sólo organizaban los discursos sino que permitían, a primera vista, advertir los lineamientos, presupuestos, y horizontes teóricos del autor. La multiplicidad de perspectivas, combinación de métodos, el cruce de disciplinas y la superespecialización contribuyen a este corrimiento; terminando por completar la situación la conciencia progresiva de que la escritura historiadora no tiene como garantía “lo que realmente pasó”.

En lo que hace a los estudios literarios académicos en nuestro país se ha observado en las últimas décadas un creciente interés por habilitar la reflexión acerca de esos debates, tanto desde la práctica de historiografía literaria como en los materiales y problemas formulados en planes de estudios y programas. En estas instancias de investigación y docencia, es interesante comprobar un esfuerzo constante por vincular los corpus de trabajo con problemas de teoría literaria, y en ese marco la apelación a teóricos de la literatura que, según nuestra hipótesis, tienen como rasgo en común haber sostenido –en condiciones de producción y marcos teóricos distintos en cada caso– la importancia de la labor historiográfica como un protocolo de lectura que se apropia de ese pasado desde una localización espacio-temporal y una orientación específica desde las cuales construye una versión propia de los hechos que no es única sino que está en pugna con las versiones

¹ Cfr. Chartier, R., “La Historia hoy en día: desafíos, propuestas”, en *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 1995.; Chartier, R., *Escribir las prácticas. Foucault, De Certeau, Marin*, Buenos Aires, 2006; Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, México, 1993; Foucault, M., *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, 1991; y White, H., “Conclusiones”, en *La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, 2002, pp. 405- 12.

surgidas desde otras coordenadas: la historia como conflicto. Por razones de extensión, nos detendremos sólo en las formulaciones sobre la práctica historiográfica de tres de los autores clásicos más trabajados, según este primer relevamiento a partir de programas de los últimos veinte años de universidades nacionales, en las instancias locales y contemporáneas de docencia e investigación sobre historia de la literatura argentina, a saber: Georg Lukács (a partir de *La novela histórica*), Walter Benjamin (centrándonos en "Tesis de filosofía de la historia") y Roland Barthes ("El discurso de la historia").

En *La novela histórica* (1937), Lukács, para llevar a cabo su crítica al historicismo burgués y, dentro de esa perspectiva histórica, al historicismo en literatura, realiza dos operaciones: primero construye una historia del historicismo, de cómo fue mutando el concepto de progreso "que atraviesa un desarrollo retrógrado" (Lukács 1971: 211) desde una idea de cambio violento vigente en el momento de irrupción de la burguesía (y que provenía del hegelianismo, teoría que facilitó una metodología filosófica para comprender que las revoluciones son elementos orgánicos y necesarios de la evolución); pasando por la evolución como idea de cambio paulatino y pacífico; hasta llegar la idea de ciclo (que ya no tiende hacia el futuro sino que piensa la temporalidad como un eterno retorno). Esta mutación tiene que ver con el abandono del hegelianismo, con el retorno de las "tendencias más débiles y ahistóricas de la Ilustración", pero, sobre todo, con los hechos de 1848, cuando la eclosión de la clase proletaria (ya no como pueblo) hace que la burguesía se dé cuenta de que la concreción de sus consignas desembocaría en la eliminación de la propia clase, así, "por fuerza tuvo que desaparecer el despreocupado afán de investigar con que se habían revelado y expresado las contradicciones del progreso" (Lukács 1971: 210). Es decir, tiene que ver con el ocaso de la burguesía. La segunda operación que realiza consiste en historizar la especificidad, es decir, la novela histórica, y así realiza un interesante pasaje de la noción de historicismo al terreno de la literatura. El exponente que da nacimiento a la novela histórica para Lukács es Walter Scott, más específicamente, su novela *Waverley*, de 1814. La operación anterior, la de bosquejo de las condiciones políticas económicas y sociales que se produjeron a causa de la Revolución francesa en todo Europa, no es una mera introducción, sino que responde a un interés por especificar sobre qué base social e ideológica pudo surgir esta novela histórica, pero esto no quiere decir que propone una relación lineal de una representación sin mediaciones de la historia en la literatura, de hecho, aclara: "Walter Scott no conocía a Hegel" (Lukács 1971: 29). Más adelante en el texto va a realizar afirmaciones semejantes pero ya no en cuanto a la posible relación entre los hechos de la Revolución Francesa y la literatura, sino que ya focaliza en la Revolución de 1848 y plantea que "sería superficial y falso pensar que un rechazo tan profundo de anteriores objetivos políticos e ideales por parte de una clase pudiese dejar inmaculados los ámbitos de la ideología, el destino de la ciencia y el arte." (Lukács 1971: 207). Lo que indica, entre otras cosas, es cómo la irrupción del género se produjo en tanto género burgués (es decir, tuvo relación con el patriotismo burgués, con la construcción de los estados nacionales), lo cual para Lukács constituyó un hecho positivo porque cumplió la función de desplegar las contradicciones que existían al interior de la clase. Luego, la decadencia del género estuvo dada también en relación con un momento de la clase burguesa; a la decadencia de la clase burguesa que, en ese estado de cosas, trató de no producir productos culturales que plantearan la crisis sino que intentó conservar lo conseguido en épocas de esplendor.

El interés de este autor por la novela histórica se debe, precisamente, a que dicho género posee lo "específico histórico", rasgo que consiste en "derivar de la singularidad histórica de su época la excepcionalidad en la actuación de cada personaje" (Lukács 1971: 15). De esta manera, entra en juego la cuestión de la verdad histórica en la representación poética de la realidad, un aspecto que no estaba presente en la novela anterior a la producción de Scott (la novela social realista). Por otro lado, le atrae el hecho de que Scott exponga en sus novelas grandes crisis de la vida histórica pero lo haga a través de un protagonista que es el héroe mediocre, que no decide por ninguno de los poderes en pugna en la crisis de su tiempo y que sirve de "eslabón unificador en la composición de la obra" (Lukács 1971: 37). Para Lukács, estas características de la novela histórica hacen posible

provocar, en el lector, la vivencia de los móviles sociales e individuales a través de los cuales los hombres pensaron, sintieron y actuaron del mismo modo en que sucedió en la realidad histórica. Esta puesta en relación del presente con el pasado, por parte de la novela, es la misma operación de la que Lukács habla más adelante para definir al materialismo histórico. Es interesante, dada la hipótesis de este trabajo, la relación que dice que se establece entre presente, pasado, historia y literatura, en la novela histórica:

Sin una relación vívida con el presente, la plasmación de la historia resulta imposible (...) esta relación no consiste en insinuaciones sobre algún acontecimiento coetáneo (...) sino en la revivificación del pasado convirtiéndolo en prehistoria del presente, en la revivificación poética de las fuerzas históricas, sociales y humanas que en el transcurso de un largo desarrollo conformaron nuestra vida como en efecto es, como la vivimos nosotros ahora (Lukács 1971: 58)

Esta vocación de plasmar la vida que evidencia la novela histórica incluye situaciones cotidianas que hasta ese momento no tenían un espacio de representación. Esta perspectiva concede a la literatura la posibilidad de contar otras historias, otras zonas, que la historia oficial no había atendido.

La valorización de Scott que lleva a cabo Lukács es una operación semejante a la que hace Marx con Balzac, escritor a quien adjudica una visión crítica de la clase obrera en ascenso que es consecuencia de pertenecer a la pequeña nobleza desplazada. Esta posición le permitió a Balzac distanciarse y poder dar cuenta de las contradicciones de la clase burguesa en su irrupción. El caso de Scott es similar porque formaba parte de los clanes escoceses, miembros la clase dominante hasta que fueron cooptados por la burguesía para conformar un estado nacional inglés. Es decir, para Lukács, Scott no era ‘un burgués’ y esto en parte explica la ausencia de un tono triunfalista y la presencia en cambio de una visión crítica, cuando narra acontecimientos históricos de su época. Este argumento le es útil a Lukács para destruir el rótulo de ‘romántico’ que Scott recibía: Scott, dice, nunca intenta la operación romántica de criticar el presente mediante un retorno al pasado porque tiene plena conciencia de esa imposibilidad.

En lo que hace a “Tesis sobre filosofía de la historia”, de Benjamin, debemos partir de que el texto deja explícito su carácter de intervención política: se está hablando de la socialdemocracia y con los argumentos desplegados busca mejorar su posición en “la lucha contra el fascismo”. Las condiciones de ese presente se hacen manifiestas, por ejemplo, cuando plantea que el concepto marxista de trabajo vulgarizado por la burguesía “reconoce únicamente los progresos del dominio de la naturaleza, pero no quiere reconocer los retrocesos de la sociedad. Ostenta ya los rasgos tecnocráticos que encontraremos más tarde en el fascismo” (Benjamin 1971: 84). Esto constituye una fuerte crítica a su presente porque denuncia que el fascismo no es lo contrario, no se opone a la burguesía, sino que este régimen es su continuación, es funcional a los intereses burgueses. Así deja pauta la situación presente en la cual se inscriben sus consideraciones.

Su concepción de la historia, al igual que la de Lukács, proviene del materialismo histórico y cuestiona el historicismo burgués que también sostenía y legitimaba la socialdemocracia. Para este historicismo, el pasado es un tiempo vacío que hay que completar con fechas, nombres, datos, etc., dejando de lado los conflictos. En cambio, para el materialismo histórico, como veremos, es central el problema de la lucha y del sentido. Es importante, además la idea de que la historia es una representación del pasado (esto se encuentra en la tesis número ocho, cuando asegura que las cosas que “estamos viviendo” en el siglo veinte –refiriéndose al ascenso del fascismo– son consecuencia de la endeble representación de la historia de la cual proviene el conocimiento). Al hablar de representación, habla de una versión de los hechos que depende de la relación con el pasado que plantea el presente. Asimismo, comparte con Lukács la preocupación por el sujeto colectivo de la revolución, el interés por “la vivencia en masa de la propia historia”: “La clase que lucha, que está sometida, es el sujeto mismo del conocimiento histórico”

(Benjamin 1971: 84). Pero, algo que no debemos dejar de mencionar es que la concepción de la historia de Benjamin, además de partir del materialismo histórico, igual que la de Lukács, parte del mesianismo. El concepto político de revolución está homologado a la idea religiosa de redención (en la tesis número dos, asegura que en la representación del pasado vibra inalienablemente la representación de la redención, porque de ese pasado es que el presente extrae su fuerza mesiánica) y la figura del “Mesías” se equipara, unas veces con la clase proletaria y otras con el materialismo histórico. Esto es visible desde la primera tesis, donde enuncia el núcleo de su propuesta de fusión del materialismo histórico con la teología. Allí establece que el materialismo histórico “Podrá habérselas sin más ni más con cualquiera, si toma a su servicio la teología...” (Benjamin 1971: 78). Es notable cómo luego resume esta idea en la frase de Hegel que coloca como epígrafe de la tesis cuatro –“Buscad primero comida y vestimenta, que el reino de Dios se os dará luego por sí mismo” (Benjamin 1971: 79)–, ya que se trata de una cita bíblica invertida (“Buscad primero el reino de Dios que lo demás se os dará por añadidura”) y tamizada por el materialismo. Y, a continuación, Benjamin introduce la idea de que la lucha de clases, a pesar de ser la lucha por las cosas “ásperas y materiales”, debe estar animada por una mística. Este planteo se relaciona con la idea de “iluminación profana” que desarrolla en “Experiencia y Pobreza” y que implicaba aprovechar la embriaguez del surrealismo (la experiencia de éxtasis, de iluminación, que las obras surrealistas producían) para los fines de la revolución. Según nuestro entender, este mesianismo de Benjamin no podría convivir con la idea de progreso de Lukács, ya que en *La novela histórica* parece claro que adoptar una concepción religiosa de la historia significaría una vuelta atrás. En el capítulo tres, por ejemplo, trae a cuenta cómo las luchas que se desarrollaron en las vísperas de la Revolución de 1848 condujeron a una formulación científica del marxismo, que contiene “todas las ideas progresistas de la historia en el triple sentido hegeliano: no sólo las critica y destruye sino que las eleva a un nivel superior” (Lukács 1971: 210). Y luego menciona como un hecho positivo, a pesar de sus errores, que los ilustrados del siglo XVII comenzaran a aplicar los resultados de las ciencias naturales al conocimiento de la sociedad porque esto implicó un progreso respecto de la “tradicional concepción teológica de la historia” (Lukács 1971: 212). Por otro lado, hay que notar cómo la descripción que Benjamin realiza del cuadro de Klee, implica que para este autor existen dos formas contrapuestas de entender el progreso. Una es la del historicismo burgués que sostiene la socialdemocracia: la idea de la evolución natural en la cual no hay conflicto ni destrucción. La otra es la del materialismo histórico, que es la que condensa el gesto del ángel, que se deslumbra con restos de la colisión pero debe seguir su marcha hacia el futuro, arrastrado por el huracán del progreso. Esto es semejante a la idea de progreso como ruptura violenta que funciona en Lukács, con la salvedad de que Lukács piensa a la clase como un proceso que abarca desde el momento de su irrupción hasta su decadencia. Benjamin, en cambio, nunca contempla la posibilidad de una decadencia. La clase irrumpe en un momento dado y seguirá dominando hasta que, en el fin de la historia, llegue “el Mesías” que libere de esta dominación al proletariado pero también a la burguesía (lo cual implica cierta orientación ahistórica).

Para abordar el modo en que se construye “Tesis de filosofía de la historia”, nos interesa analizar dos problemas fundamentales: la memoria y la ruina. El modo en que se problematiza la memoria es provechoso para ver cómo, para este autor, la construcción de un sentido está dada en el despliegue de una dialéctica entre el presente y el pasado. Lo que afirma Benjamin es que cualquier sujeto que rememora parte de la base de que es imposible recuperar el pasado en su contexto original. En otras palabras, lo que fue ya no está a nuestro alcance, nunca sabremos cómo ha sido: “Al pasado sólo puede retenerse en cuanto imagen que relampaguea, para nunca más ser vista, en el instante de su cognoscibilidad” (Benjamin 1971: 79). El contexto del pasado siempre se pierde, irremediablemente. La imagen que utiliza del *Angelus Novus* de Klee lo ayuda a introducir la idea de que el pasado siempre es catástrofe en la medida en que es ruina, en que sólo tenemos contacto con lo que quedó. Así, en Benjamin, la categoría de historia implica un choque entre lo recobrado del pasado y el lugar desde donde se recobró ese hecho pasado, en esta idea de la irrupción del pasado en el presente y del presente en el pasado, entra en

juego la categoría de ruina. La idea de ruina, justamente, indica la supervivencia de un pasado pero descontextualizado. Si algo del pasado nos llega como ruina es porque ha habido una colisión, de la lucha lo que queda siempre es la ruina. Los restos de esa catástrofe producen una lectura del propio presente, y a su vez, una lectura del pasado desde el presente, en la que estas dos temporalidades chocan entre sí y en ese choque se produce el sentido. Por ello, es tan importante el terreno en donde se encuentra el material histórico como el objeto encontrado. El materialista histórico, para articular históricamente lo pasado, debe recuperar hechos de ese pasado en el suelo del presente, donde las cosas, como en las ruinas, se hallan mezcladas y debe “adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro” (Benjamin 1971: 80). Tal peligro es prestarse a ser instrumento de la clase dominante, que es según Benjamin lo que sucede con el historiador historicista, que cuando construye la historia, entra en empatía con el vencedor lo cual resulta siempre ventajoso para la hegemonía. Por el contrario, el materialista histórico debe tratar de arrancarle esa tradición al conformismo que está a punto de subyugarla. Le interesa el momento de fulgor del pasado, en el que hay irrupción violenta que después es recapturada y resignificada por la clase dominante. Lo que se juega aquí, entonces, es la idea de construir una tradición de lucha que se oponga a la tradición burguesa.

Así, Benjamin y Lukács ilustran perfectamente el modo de pensar la práctica de la historia desde su propio presente, ambos valoran la recuperación de hechos del pasado desde el contexto de producción del relato histórico y eso mismo notamos que intentan hacer con sus textos. En el texto de Benjamin (de los años 40), la relación con el presente se ve mucho más claramente porque se encarga de anclar sus reflexiones históricamente durante el fascismo y el nazismo, regímenes que señala como la continuación casi lógica de la socialdemocracia; en cambio, en el texto de Lukács está enunciada como una necesidad, pero veremos que pierde en cierta medida esta inscripción tan contundente en el propio presente, dado que realiza un movimiento que se basa en la historización. La concepción de historia que los dos están manejando es la del materialismo histórico, pensamiento que entiende que el progreso de la historia se da a partir de irrupciones violentas, de discontinuidades y que, en palabras de Lukács, es la única teoría y el único modo de hacer historia “capaz de desenterrar el fundamento de la historia, de hacer surgir ante nuestra mirada fielmente el período de infancia de la humanidad” (Lukács 1971: 62). La historia es un proceso dialéctico.

En “El discurso de la historia” de Barthes (1967), el problema central radica en si la narración de acontecimientos pasados difiere de forma específica de la narración imaginaria. Para analizar esto, Barthes piensa el discurso de la historia desde una teoría de los discursos incluida en una semiología. De allí que se detenga en distintos niveles de enunciación para tratar de hallar la especificidad del discurso histórico a partir de categorías del análisis del discurso. Primero se refiere a dos de los tipos de *shifters* que produce el discurso historiográfico clásico: los de escucha y los organizadores.² Pero después concluye en que ninguno de los dos es propio sólo del discurso histórico, es decir, no podemos situar allí su especificidad. La ausencia de signos de destinatario tampoco le parece específica: “el discurso literario conlleva muy raramente los signos del ‘lector’” (Barthes 1987: 167). Lo mismo va a suceder con los signos del destinador: la carencia de signos del enunciante que aparece como producto de la ilusión referencial no es propia del discurso histórico sino que aparece también en la novela realista. Luego de demostrar que las categorías estructuralistas del *shifter*, de la enunciación y del enunciado no son suficientes para

² Hay una idea que está presente en las teorías sobre la historia de Roland Barthes y también en autores como Michel de Certeau: la distinción de Gérard Genette entre el tiempo de la historia y el tiempo del discurso. Respecto del orden, el tiempo del discurso no corresponde necesariamente al tiempo de la historia: Barthes, por ejemplo, dice que la función de los *shifters* organizadores es complicar el tiempo crónico de la historia y menciona como ejemplo la historia en zig-zag. Genette señalaba como ejemplo de esto a la analepsis, la prolepsis, la elipsis, la pausa, el relato sumario, etc.

desentrañar cuál es la especificidad del discurso histórico, Barthes se centra en el modo de construir la significación que tiene este discurso. Allí, Barthes establece que la ilusión que provoca el discurso histórico está relacionada con una reformulación del concepto de signo saussureano. De este modo, entra en juego la operación ideológica fundamental del discurso histórico, que puede enunciarse en estos términos: si el signo –como lo define Saussure– está formado por un significado y un significante en relación arbitraria con un referente, lo que hace el discurso histórico es negar el significado como si no hubiese una construcción de sentido a nivel discursivo. Esto produce un efecto de realidad que puede pensarse como un gesto ideológico porque oculta el hecho de que existe esa construcción de sentido a nivel discursivo (como vemos, subyace la concepción de la ideología como ocultamiento). El discurso histórico puede definirse, entonces, como un discurso que se constituye a partir del intento de borrar las instancias interpretativas de la significación. Por un momento, esa parece ser, para Barthes, la clave de su especificidad. Pero, rápidamente, el autor encuentra que esa característica es compartida por la literatura del realismo decimonónico francés. Por tanto, la conclusión del texto postula que no habría una especificidad, en tanto discurso, que diferencie a la ficción de la historia: “Queda así cerrado el círculo paradójico: la estructura narrativa, elaborada en el crisol de las ficciones (por medio de los mitos y las primeras epopeyas), se convierte en signo y, a la vez, prueba de la realidad.” (Barthes 1987: 177).

Pudimos ver, entonces, cómo el modo en que conciben la historia estos tres autores tiene como central la relación entre pasado y presente: cada uno de ellos, de un modo particular, establece la necesidad de tomar conciencia de que la labor historiográfica no es un gesto ingenuo que vuelve al pasado para descubrir allí una verdad sino que, por el contrario, se apropia de ese pasado desde una localización espacio-temporal y una orientación específica desde las cuales construye una versión propia de los hechos que no sólo es única sino que está en pugna con las versiones surgidas desde otras coordenadas. Este análisis forma parte del intento de establecer relaciones entre materiales y modos de organización y legitimación académica y política. Desde el material relevado, puede sostenerse que la inteligibilidad del cambio histórico se conforma en el entramado de una transdiscursividad hegemónica, por lo tanto, la construcción de diacronías en versiones ideológicas distintas y por momentos contradictorias sólo puede constituirse en el desarrollo de lo político institucional. Así, adjudicamos a la práctica crítica de los últimos veinte años en argentina una vitalidad reflexiva respecto del cambio histórico que excede el mero relevamiento de modos de representar la historia (el tratamiento de la historia como ‘tema’) y genera en cambio interrogantes en torno a las relaciones que se establecen entre la disputa por la legitimidad institucional en los claustros universitarios y los divergentes tipos de periodizaciones y debates críticos, como parte de una misma lucha por la hegemonía del sentido en las condiciones históricas del presente, que delinea modos de intervención intelectual novedosos respecto de las prácticas intelectuales de períodos anteriores.

Bibliografía

- Barthes, Roland (1987) “El discurso de la historia”, *El susurro del lenguaje*, Ediciones Paidós.
- Benjamin, Walter (1971), “Tesis sobre filosofía de la historia”, *Discursos interrumpidos I*. Madrid, Taurus.
- (1998), “Experiencia y pobreza”, *Discursos Interrumpidos*, Madrid, Taurus.
- Chartier, Roger (1995), “La Historia hoy en día: desafíos, propuestas”, en *Anales de Historia Antigua y Medieval*.
- Chartier, Roger (2006), *Escribir las prácticas. Foucault, De Certeau, Marin*, Buenos Aires, 2006
- Foucault, Michel (1991), *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa.
- Foucault, Michel (1993), *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI.

Genette, Gérard (1989): "Discurso del relato", en *Figuras III*, Barcelona, Lumen, págs. 75-327.

Lukács, Georg (1971) *La novela histórica*, México, Ediciones Era.

Programas de teoría literaria y planes de estudios oficiales de las carreras de letras de universidades nacionales (1984-2008).

White, Hayden (2002), *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica.